

# COLECCIÓN BIBLIOTECA BENJAMIN FRANKLIN

©Miguel Ángel Hernández Fuentes, 2023

©Editorial de la Universidad de Alcalá, 2023

Plaza de San Diego, s/n

28801 Alcalá de Henares (Madrid)

©Instituto Universitario de Investigación en Estudios

Norteamericanos "Benjamin Franklin" de la Universidad de Alcalá

Calle de la Trinidad, 1

28801 Alcalá de Henares (Madrid)

Tel. 91 885 52 52

[www.institutofranklin.net](http://www.institutofranklin.net)

PORTADA: David Navarro

DEL MEDITERRÁNEO AL HUDSON. Artistas españoles en Nueva York, pioneros en Norteamérica

ISBN: 978-84-19745-16-3

Depósito legal: M-29730-2023

Coordinadora editorial: Ángela Suárez Sedano

Impreso en España

Impresión: Cimapress

Maquetación: <https://maquetadordelibros.es>

**DEL MEDITERRÁNEO AL HUDSON**  
**Artistas españoles en Nueva York,**  
**pioneros en Norteamérica**

MIGUEL ÁNGEL HERNÁNDEZ FUENTES



— BIBLIOTECA BENJAMIN FRANKLIN —

## DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

Francisco Sáez de Adana Instituto Franklin-UAH

## COMITÉ ASESOR

Carmen Flys UAH  
Fernando Galván UAH  
José Antonio Gurpegui Instituto Franklin-UAH  
Sylvia Hilton UCM  
Francisco Moreno Instituto Franklin-UAH

## COMITÉ DE REDACCIÓN

Silvia Betti Università di Bologna  
Francisco Castilla UAH  
Thomas Chávez University of New Mexico  
Cristina Crespo Instituto Franklin-UAH  
Carmen de la Guardia UAM  
Miguel Ángel de Zavala Instituto Franklin-UAH  
Lorenzo Delgado CSIC  
David Fernández Vítors UAH  
David García Cantalapiedra UCM  
Maya García Vinuesa UAH  
Jesús García Laborda Instituto Franklin-UAH  
Silvia Gumiel UAH  
Luisa Juárez Instituto Franklin-UAH  
Montserrat López Mújica UAH  
José Javier Martínez Herráiz UAH  
Carmen Méndez UCM

## COMITÉ EDITORIAL

Ana Lariño Instituto Franklin-UAH  
Ángela Suárez Instituto Franklin-UAH

## AGRADECIMIENTOS

Además del autor y del editor, un libro siempre tiene a muchas personas detrás que han colaborado de múltiples formas. Gracias a ellas es posible el trabajo, la investigación, la corrección o la edición de un texto. Y en este capítulo de agradecimientos comienzo por mi familia. Gracias a mi madre he podido liberar muchas horas a este libro y, gracias a mi hermana, volar al otro lado del océano me ha sido más fácil. Gracias a quienes me han acogido en Nueva York y me han permitido acceder a las fuentes y conocer su ambiente más genuino. Especialmente gracias a la parroquia de St. Elizabeth, en Washington Heights, en la que me hospedé mientras visitaba la ciudad o investigaba y a Jill que me facilitó algunos textos desde la distancia. A los trabajadores de los archivos y bibliotecas que se citan por haber facilitado el trabajo y a cuantos me han animado en esta investigación. Al Instituto Franklin que me ha permitido participar en algunos congresos, publicar algunos textos y que ahora me brinda la posibilidad de editar este libro. Espero que su lectura sea entretenida e instructiva y nos haga vibrar con aquellos paisanos nuestros que dejaron su tierra y se pusieron rumbo a Manhattan.

## TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	11
-------------------	----

### CAPÍTULO I

<b>La colonia española de Nueva York a finales del ochocientos</b> .....	21
1 Españoles en Nueva York: cifras de población .....	23
2 La llegada a Nueva York en los buques transoceánicos .....	26
3 Empresarios vinculados al azúcar, el tabaco y la industria .....	29
4 Establecimiento de vínculos familiares y redes asociativas .....	31
5 Trabajadores asalariados y otros profesionales .....	34
6 Periódicos al servicio de los intereses españoles .....	36
7 El proyecto de erigir una parroquia católica para españoles .....	38
8 Artistas españoles en el Nuevo Mundo .....	40
8.1. El aplauso del público neoyorquino al violinista Pablo Sarasate .....	40
8.2. De tenor a compositor y profesor de música: Joseph Támara .....	44
9 El Renacimiento americano .....	46

### CAPÍTULO II

<b>Un artista polifacético y cronista social de Nueva York: Fernando Miranda (1842-1925)</b> .....	53
1 Cuna valenciana y formación europea .....	56
2 Actividad como ilustrador gráfico en Madrid y en París (1871-1873) .....	58
2.1 Dibujante en <i>La Ilustración Española y Americana</i> .....	58
2.2 Colaborador en el semanario parisino <i>L'Illustration. Journal Universel</i> .....	61
3 Un nuevo rumbo en su vida: Nueva York (1873-1925) .....	67
4 Cronista de la vida social de la ciudad .....	72
5 Un año como corresponsal en la Exposición Universal de Filadelfia (1876) .....	84
6 Los dibujos de Miranda en otras cabeceras ilustradas .....	87
7 De la prensa gráfica a la paleta de colores .....	88
8 La escultura como dedicación principal del artista .....	90
8.1 Primeras obras, principalmente en manos privadas .....	91

8.2	Un proyecto para la Biblioteca de Boston: <i>The Spirit of Research</i> .....	93
8.3	Nuevas esculturas tras la guerra hispano-norteamericana .....	97
9	Su integración en la colonia española de Nueva York .....	100
9.1	El proyecto de erigir un monumento a Cervantes en Central Park .....	100
9.2	El fallido monumento a Cristóbal Colón en la Quinta Avenida .....	106
10	Vida personal del artista y últimos años en Nueva York .....	110

### CAPÍTULO III

<b>Los modelados en terracota de Domingo Mora (1840-1911)</b> .....		115
1	Nacimiento en España y actividad en Sudamérica (1840-1877) .....	119
2	Regreso a Barcelona y mudanza a los Estados Unidos (1877-1880) .....	121
3	Primeras esculturas en Nueva York (1880-1883) .....	124
4	Los relieves en la Metropolitan Opera House y nuevos encargos (1883-1887) .....	125
5	Participación en obras emblemáticas de Boston (1887-1898) .....	128
6	Mudanza a California y fallecimiento en Santa Clara (1906-1911) .....	132
7	Escasa participación con la colonia española de la ciudad .....	134

### CAPÍTULO IV

<b>El arquitecto de Nueva York: Rafael Guastavino Moreno (1842-1908)</b> .....		137
1	Nacimiento y formación junto al Mediterráneo español (1842-1881) .....	140
2	El deseo de cruzar el océano .....	142
3	Llegada a Nueva York (1881) .....	145
4	Difíciles comienzos ante una crisis económica y personal (1881-1883) .....	149
5	Contactos con la comunidad judía y primeras obras (1883-1885) .....	151
5.1	El Progress Club .....	151
5.2	La sinagoga B'nai Jeshurum .....	152
6	En busca de un modelo de construcción a prueba de fuego (1885-1888) .....	154
6.1	Unas casas adosadas promovidas por Bernard Levy .....	155
6.2	La protección legal de sus sistemas: primeras patentes .....	156
6.3	Nuevos encargos en el West Side .....	158
6.4	Un club a prueba de fuego: The Arion Society .....	160
6.5	Su inserción en el panorama arquitectónico de la ciudad .....	161
7	Cambios en su trayectoria profesional (1888-1889) .....	162
8	Su cooperación en la biblioteca pública de Boston (1889-1890) .....	165
9	Medios de propaganda y difusión .....	168
10	Breve reseña de su obra posterior (1890-1908) .....	169
11	Fallecimiento en Black Mountain (1908) .....	171
12	En la estela de su padre: Rafael Guastavino, Jr. (1872-1950) .....	172

**CONCLUSIONES****El sueño americano de los artistas españoles** ..... 175**ANEXOS** ..... 179I Ilustraciones publicadas por Fernando Miranda en *La Ilustración Española y Americana* (1871-1873) ..... 181II Ilustraciones publicadas por Fernando Miranda en *L'Illustration. Journal Universel* (1872-1873) ..... 184

II Ilustraciones publicadas por Fernando Miranda en algunas revistas norteamericanas (1874-1879) ..... 189

1. *Harper's Weekly* (1874-1875) ..... 1892. *Frank Leslie's Illustrated Newspaper* (1875-1879) ..... 1893. *The Decorator and Furnisher* (1882) ..... 194IV Publicaciones de Rafael Guastavino en el magazine *The Decorator and Furnisher* (1882-1885) ..... 195**REFERENCIAS** ..... 197**NOTAS** ..... 214

# Introducción





**Figura 1. Jerónimo Suñol. Cristóbal Colón. Central Park.**  
(Foto del autor).

## INTRODUCCIÓN

Pocas fechas han quedado tan ancladas en la memoria colectiva como la del 11 de septiembre del año 2001. América se despertaba aquella mañana con un terrible atentado terrorista que destruía uno de los símbolos más universales del capitalismo norteamericano: las torres gemelas. España contemplaba atónita el impacto de aquellos aviones por los informativos de mediodía que emitían en directo la tragedia. La primera colisión nos dejaba perplejos, como sin creer lo que estaba ocurriendo. La segunda nos recordaba que era posible aquello que parecía imposible. El horror y la desolación se apoderaron del bajo Manhattan y una densa nube de polvo lo cubrió todo. Las imágenes eran escalofriantes y, aunque parecían sacadas de una película de ficción, mostraban la realidad en su vertiente más dura. Pero una ciudad que aspira a ser la capital del mundo no podía quedar estancada con ese accidente y, poco a poco, Nueva York fue resurgiendo de sus cenizas. Aquella área del distrito financiero quedó bautizada como la zona cero y hoy existe un memorial en el mismo lugar de la tragedia. La base de aquellos rascacielos, hoy desaparecidos, está ocupada hoy por dos enormes cuadrados que recuerdan el emplazamiento exacto en que se levantaba el *World Trade Center*. En su interior sendas cascadas de agua parecen caer en las profundidades del abismo, como recordando la tragedia. Alrededor, unos paneles rememoran los nombres de cuantos murieron víctimas de la barbarie. Entre ellos podemos encontrar algunos apellidos hispanos como Villanueva, Paz, Díaz o Morales. Según los datos oficiales, unos doscientos cincuenta hispanos perdieron la vida en aquel atentado, aunque su situación de emigrantes ilegales hace muy difícil el cómputo exacto. Sus nombres muestran la presencia hispana en una ciudad que nació anglosajona, pero que siempre tuvo una huella española que necesitamos rescatar de las brumas de la historia.

Junto a este monumento de homenaje a las víctimas del terrorismo se ha levantado una estación del ferrocarril. Construida con acero de color blanco y de aspecto luminoso, su figura contrasta con el ambiente fúnebre del memorial de los difuntos. Con esa tonalidad y con esas dimensiones, el autor trata de suscitar la idea de resurgimiento y de paz y, por ello, su estructura recuerda unos huesos secos que se levantan y se incorporan para empezar una vida nueva o, en palabras de su creador, como “un pájaro liberado de las manos de un niño”<sup>1</sup>. La obra ha sido diseñada por el arquitecto español Santiago Calatrava, un artista de origen valenciano que ha llevado

la luz del Mediterráneo hasta las orillas del Hudson. Tras doce años de trabajo, la estación fue inaugurada el año 2016 y por ella pasan miles de personas a diario, lo que convierte este edificio en una de las atracciones de la ciudad.

Ciento cincuenta años antes de Calatrava, otro artista valenciano llegaba a Nueva York desde la península ibérica para orientar su vida en la escena norteamericana. Se trataba del escultor Fernando Miranda. Un artista poco conocido que probó fortuna en la isla de Manhattan y destacó como ilustrador de periódicos en los que nos ha dejado una interesante crónica social de la ciudad. Pero no fue el único que pasó desde la orilla del Mediterráneo hasta la bahía de Manhattan. En fechas inmediatas llegaron otros artistas españoles como el escultor catalán Domingo Mora, que había nacido en Barcelona, y el arquitecto Rafael Guastavino, que también era natural de Valencia como sus paisanos Miranda y Calatrava. Tres hombres vinculados a las artes que hicieron de Nueva York la meta de sus vidas. Buscaban secundar el sueño americano que condujo hasta los Estados Unidos a millones de europeos en busca de fortuna y bienestar. Tres representantes de la colonia española que habitó en Manhattan y que forma parte de esa América invisible (Argeo y Fernández) que construyó el hábitat más cosmopolita que pudiera imaginarse.

Cierto que cada vez hay más trabajos dedicados a analizar la presencia española en Nueva York, pero aún quedan muchas lagunas por colmar en esta pequeña parcela de la historia. La comunidad hispanoparlante de Manhattan era una colonia exigua en comparación con la procedente de otros lugares del Viejo Mundo, como Irlanda, Alemania, Polonia o Italia; pero los españoles asentados en Nueva York constituían un grupo significativo que llegó a tener hasta un barrio propio bautizado como *the Little Spain* o la pequeña España (Wallace 271). Hubo españoles prominentes en el ámbito de los negocios como José Francisco Navarro, de la prensa como José Ferrer de Couto y de la música como Joseph Tamaro, pero también hubo españoles que brillaron en el campo de la escultura, la ilustración gráfica o la arquitectura. No estuvieron en primera línea, ni sus obras constituyen hitos especialmente reseñables en la historia del Arte. Sin embargo, su estudio nos permite profundizar en la presencia española en Nueva York que reclama de una mayor atención por parte de los historiadores.

Uno de los pioneros en este campo de investigación fue Germán Rueda, cuyo análisis sobre la emigración española a los Estados Unidos se ha convertido en una obra de referencia en este asunto (Rueda Hernanz). Sin embargo, aunque su estudio comienza en 1820, el resultado final está más centrado en las primeras décadas del siglo XX, cuando los españoles asentados en Nueva York aumentaron su número de manera notable. Junto a este investigador destaca la tesis doctoral de Ana María Varela Lago con la que se ha trazado un perfil muy acertado de la colonia española en Nueva York durante un siglo: 1848-1948. En la primera parte de su trabajo, dedicado

a las últimas décadas del siglo XIX, esta profesora de la Universidad de San Diego muestra la división existente entre la colonia hispanoparlante de la ciudad y los esfuerzos de sus líderes “por desarrollar una identidad étnica que pudiera compararse con las otras comunidades étnicas de inmigrantes que estaban configurándose en ese momento” (Varela-Lago 16). Más recientemente, esta profesora de la Universidad de California junto a otros colegas norteamericanos se ha acercado a otras áreas geográficas y han formulado nuevas preguntas, pero sus estudios se han centrado en un marco cronológico bien preciso: 1875-1930 (Martinelli y Varela-Lago).

El aumento de la emigración española durante los primeros años del siglo XX ha suscitado un mayor interés por esa centuria gracias al cual han aparecido algunos estudios centrados en las diversas colonias de inmigrantes españoles que llegaron a los Estados Unidos. Vascos, valencianos, catalanes o gallegos han sido algunos de esos grupos regionales estudiados al calor de la promoción de los estudios locales o autonómicos (Totoricagüena, Aguirre y San Sebastián, Morel Moll, Pérez Rey, Cadafalch, Julian y Salcedo). Este acercamiento a la emigración española a Norteamérica ha sido potenciado también desde el otro lado del Atlántico por un colectivo de investigadores agrupados en torno a James D. Fernández y, desde este lado del océano, por el Instituto Franklin dependiente de la Universidad de Alcalá de Henares que ha organizado congresos transatlánticos y sostiene varias publicaciones sobre estudios hispano-norteamericanos. Además, existen algunas biografías de españoles emblemáticos que vivieron en Manhattan como la del agente de negocios Diego Gardoqui (Calderón Cuadrado, Chaparro Sáinz); las dedicadas al padre Félix Varela, cubano de nacimiento y corazón, pero con raíces españolas (Hernández Travieso, M. McCadden, Céspedes, Navia, Piqueras); la conocida del empresario José Francisco Navarro (Burman y Beerman) o los más recientes estudios sobre el arquitecto Rafael Guastavino (Huerta Fernández, López Manzanares y Redondo Martínez 373-393). De otros, tan solo disponemos de algunos rasgos biográficos, cuyos nombres figuran en monografías más amplias o aparecen en los directorios de la ciudad. Pero aún existen muchas lagunas para obtener un conocimiento adecuado sobre la presencia española en los Estados Unidos y especialmente en la ciudad de Nueva York.

Durante mi estancia de cuatro años en esa metrópoli bautizada como la capital del mundo, me interesé por este asunto y comencé a publicar algunos estudios sectoriales sobre esta presencia silenciosa de españoles en Manhattan a lo largo del siglo XIX. En diversos trabajos me he acercado a la prensa periódica publicada en castellano (“La prensa española”), a la participación religiosa de los españoles en Nueva York (“Los jesuitas”, “Participación católica”, “Los españoles”), a la creación de diversas sociedades benéficas destinadas a sus compatriotas menos afortunados (*La Spanish Benevolent*, La beneficencia) e incluso a la producción artística (“Fernando

Miranda”). Con este último artículo presenté la biografía de un escultor español poco conocido al que se confundía en muchas publicaciones con un ilustrador que tenía su mismo nombre, pero que nunca estuvo en América. Su estudio me llevó a adelantar un artículo, cuyo texto, después de unos años de investigación y trabajo se ha visto notablemente enriquecido y completado en este libro.

La investigación sobre aquel escultor valenciano me acercó también a otros artistas españoles asentados en Nueva York, cuyas biografías aparecen en este libro. Uno ya es muy conocido y está ampliamente estudiado. Se trata del arquitecto valenciano Rafael Guastavino, cuya producción ha sido objeto de numerosas publicaciones durante las últimas décadas. Sin embargo, su obra más temprana y sus conexiones con el resto de los integrantes de la colonia hispanoparlante de Manhattan todavía son poco conocidas y es ahí donde he querido incidir en el cuarto capítulo de este libro. El otro es Domingo Mora, un escultor que destacó por sus modelados en terracota y que dejó una amplia producción escultórica a lo largo de la costa oriental de los Estados Unidos antes de mudarse a California donde murió al comenzar el pasado siglo XX. Tres artistas que, durante la segunda mitad del ochocientos, abrieron el camino de las musas americanas a otros pintores que les sucedieron con notable éxito durante las primeras décadas de la siguiente centuria: Joaquín Sorolla e Ignacio Zuloaga. El primero, también valenciano, hizo su primera exposición en Nueva York en 1909, cuyos cuadros ejercieron tal atractivo entre la sociedad neoyorquina que movilizaron a más de ciento sesenta mil visitantes hasta la Hispanic Society en menos de dos meses (Kagan, 195-196). Esta muestra sentó las bases de otra menos exitosa, celebrada poco después, pero que también tuvo una buena acogida y abrió las puertas del mercado estadounidense al pintor vascoespañol Ignacio Zuloaga (Fernández Lorenzo 132). No obstante, este último tan solo envió al Nuevo Mundo una treintena de cuadros y no acudió en persona a Nueva York, viaje que sí hizo en exposiciones posteriores (Suárez-Zuloaga 89).

Sin embargo, Sorolla y Zuloaga solo estuvieron de visita en Manhattan y aunque triunfaron con sus obras e incluso dejaron algunos de sus lienzos en los más importantes museos y mansiones norteamericanas, regresaron a España sin vincular su futuro a los Estados Unidos. Esto me ha hecho poner el foco de atención en los pioneros. En aquellos artistas que abrieron camino a sus colegas en el siglo XIX y encarnaron con sus vidas el sueño americano: los citados Fernando Miranda, Domingo Mora y Rafael Guastavino. De los tres, el primero es el que ha reclamado una mayor atención en este trabajo con un capítulo más extenso, no solo porque su actividad como ilustrador nos ha dejado un perfil social muy interesante de Nueva York en torno a 1875, sino porque, de los tres, este artista polifacético que cultivó la escultura, la pintura y la ilustración gráfica fue el que más se integró en la colonia hispanoparlante

de la ciudad y llegó a implicarse en algunos de sus proyectos más significativos. Él fue uno de los promotores del homenaje a Cervantes que tuvo lugar en los años setenta del siglo XIX y del fallido monumento a Colón que quiso construirse en la Quinta Avenida con motivo del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América.

Con este libro no pretendo hacer un análisis exhaustivo de su producción artística, tarea que dejamos para los historiadores del Arte, ni tampoco presentar una biografía completa al hilo de los nuevos paradigmas historiográficos que han rescatado al sujeto del ostracismo en que se había sumergido durante décadas. Atrás han quedado los años en que los historiadores estaban más interesados por las estructuras sociales, demográficas o económicas que por los individuos concretos (Barman 62). Años fecundos en que las ciencias sociales dejaron su impronta en la renovación de los estudios históricos, pero también décadas en que los historiadores evitaron estudiar las trayectorias individuales y relegaron la biografía a “un género literario de escaso o nulo valor científico” (Ruiz Torres 31). Sin embargo, durante los últimos compases del siglo XX las cosas cambiaron notablemente y la biografía ha regresado a la palestra de la investigación histórica con una metodología renovada. En la presentación de un dossier que la prestigiosa revista *Ayer* dedicó a “Los retos de la biografía” en el año 2014, su editora, Isabel Burdiel, señalaba que “una de las características más destacables de la historiografía occidental en las tres últimas décadas ha sido la atención otorgada a las trayectorias personales como vía de análisis del pasado histórico, capaz de iluminarlo de forma diferente, de hacerlo más complejo y más plural” (Burdiel 13). Una valoración formulada hace ya diez años, pero que aún continúa vigente y sigue sumando títulos de amplio relieve.

Con este libro queremos continuar esta línea de investigación histórica que ha devuelto al individuo o al sujeto al centro del debate historiográfico y presentamos la vida, la obra y los vínculos personales de tres artistas españoles que se asentaron en Nueva York en los años ochenta del siglo XIX. No obstante, este libro no es una biografía más, ni está constituido por tres trayectorias biográficas concatenadas. No faltan en sus páginas la secuencia cronológica que acompaña a cada experiencia vital, la que comienza con el nacimiento y concluye con la muerte, pero el centro de interés que guía este estudio no se ciñe a sus vidas, sino que gravita sobre su destino: la colonia española en Nueva York. Con ello, pretendemos rescatar del anonimato a los inmigrantes que llevaron hasta Manhattan la luz del Mediterráneo y los aromas de Iberia. Descubrir cómo vivían y cómo creaban lazos de parentesco y paisanaje en un ambiente tan distante y distinto al suyo propio. Un estudio que nos permite analizar el sueño americano y la audacia de algunos españoles que quisieron convertirlo en realidad.

En su artículo sobre la biografía y la historia política, Isabel Burdiel señalaba que “la historia biográfica busca su legitimación a través de su capacidad para demostrar que

el estudio de una trayectoria individual es una manera posible para abordar problemas históricos sustanciales e iluminarlos con una luz nueva” (62). En este sentido, los retazos biográficos de los tres artistas que presentamos no quieren quedarse en un simple recuerdo del pasado, sino que pretenden iluminar uno de los fenómenos demográficos más importantes de nuestra historia contemporánea: la emigración americana. El éxodo de millones de europeos al Nuevo Mundo en busca de un porvenir que les negaban sus países de origen. Esto hace que sus vidas se conviertan en ejemplares, no por ser modélicas, sino por permitirnos ahondar en el sueño americano que se proyectaba desde la Península Ibérica y en las redes tejidas por aquellos españoles que probaron fortuna en un país de marcado carácter anglosajón. Del mismo modo que la investigación desarrollada estos últimos años acerca de una serie de liberales destacados ha contribuido de manera sustancial a la renovación de la historiografía sobre el liberalismo (61), el estudio de algunas personalidades de cierta significación en la colonia hispanoparlante de Nueva York nos permitirá visitar con una luz nueva el fenómeno de la emigración española y ahondar en este movimiento demográfico que superó las fronteras e impactó notablemente en la conciencia europea.

La elección de estos artistas no ha sido fortuita. Los tres tuvieron parte activa en la construcción de la identidad americana a través de su producción artística y los tres dejaron impronta en la ciudad que les brindó su acogida, pero lo hicieron desde un rincón muy pequeño y particular, sin grandes pretensiones. Ninguno estuvo en primera línea o en la vanguardia de las artes, ni tampoco tomaron decisiones trascendentales para el devenir de la ciudad. No fueron líderes, ni ocuparon cargos relevantes, pero sus biografías contienen “ciertos fragmentos de verdad” (Strachey VI) sobre una época fascinante que hizo del Atlántico un nuevo *Mare Nostrum*. Hasta hace bien poco, las biografías clásicas se centraban en las grandes personalidades, en aquellas que tomaron decisiones capitales en el curso de la historia y dieron forma a los nuevos tiempos (Barman 64). Eran los actores principales del drama de la humanidad que olvidaba en muchas ocasiones a los personajes de reparto, a aquellos que sostenían buena parte de la acción y ocupaban la mayor parte del escenario.

Estas personalidades de primer rango siguen despertando el interés de los historiadores, pero algunos han puesto sus ojos en personas más sencillas y menos brillantes que encarnan una época y se convierten en la representación de un grupo social e incluso de un colectivo que permanece en el anonimato. En este sentido las vidas de Fernando Miranda, de Domingo Mora y de Rafael Guastavino son ejemplares por lo que nos enseñan acerca de la comunidad en la que se insertaron y por lo que podemos aprender de ellas acerca de un momento de la historia (Burdial 63). Un episodio de nuestro pasado que, en este caso, está constituido por la emigración española a América particularizada en la ciudad de Nueva York.

Al ser un grupo de inmigrantes de escaso relieve, pues incluso Rafael Guastavino, que ha gozado de notable éxito durante los últimos años, estuvo relegado al olvido durante décadas (Ochsendorf 6-7), las fuentes para su estudio son escasas y son muy pocos los trabajos que han arrojado algo de luz sobre sus vidas. Solo este arquitecto valenciano ha superado el vacío historiográfico y, durante los últimos años, se han publicado numerosos estudios sobre su vida y sus modelos constructivos (Huerta Fernández, López Manzanares y Redondo Martínez). Sin embargo, Fernando Miranda y Domingo Mora aún permanecen escondidos entre las brumas de la historia y son muy pocos los historiadores que se han acercado a sus vidas (Bastida de la Calle, Dreiser 113-118, Speir 28-32).

Con el fin de colmar esta laguna, la prensa periódica ha servido de auxilio y se ha convertido en una fuente de capital importancia para reconstruir la vida de estos artistas y para presentar los lazos tejidos con sus compatriotas de Manhattan. Analizando sus trayectorias vitales, hemos podido acercarnos al ambiente que rodeaba a la colonia española en el Nuevo Mundo y descubrir cómo se integraba en la sociedad neoyorquina este puñado de españoles que había nacido a orillas del Mediterráneo. Un estudio que nos permite descubrir si el sueño americano era real o si tan solo se trataba de una falacia apetecida por unos europeos mendigos de porvenir.